



BIBLIOTECA

PQ2036

A7



LAS CONFESIONES

DE

J. J. ROUSSEAU

PARTE PRIMERA

LIBRO PRIMERO

(1712 á 1719.)

Emprendo una tarea que no ha tenido jamás ejemplo y que no tendrá, seguramente, imitadores. Quiero mostrar á mis semejantes un hombre con toda la verdad de la naturaleza, y este hombre seré yo.

Yo solamente. Conozco á los hombres y siento lo que hay dentro de mí mismo. No estoy hecho como ninguno de cuantos he visto, y aun me atrevo á creer que no soy como ninguno de cuantos existen. Si no valgo más que los demás, á lo menos soy distinto de ellos. Si la naturaleza ha obrado bien ó mal rompiendo el molde en que me ha vaciado, sólo podrá juzgarse después de haberme leído.

Cualquiera que sea el día en que suene la trompeta del juicio, yo, con este libro en la mano, me presentaré ante el supremo

juez y le diré respetadamente: he ahí lo que hice, lo que pensé, lo que fui. Dije lo bueno y lo malo con igual franqueza. Nada malo me callé, ni me atribuí nada bueno, y si he empleado algún adorno indiferente, lo hice únicamente para llenar un vacío causado por mi falta de memoria. Pude haber supuesto cierto lo que sabía que podía haberlo sido, pero nunca lo que sabía que era falso. Me he mostrado cual fui según los casos: despreciable y vil, ó bueno, generoso y sublime; he puesto de manifiesto mi alma tal como tú la has visto, oh Ser Supremo. Reúne en torno mío la innumerable multitud de mis semejantes á fin de que escuchen mis confesiones, lamenten mis flaquezas, se avergüencen de mis ruindades, y luego descubra cada cual su corazón con igual sinceridad que la mía, y si hay entonces alguno que se atreva, diga en tu presencia: *Yo fui mejor que ese hombre.*

Nací en Ginebra, en 1712⁴. Fueron mis padres el ciudadano Isaac Rousseau y Susana Bernard, ciudadana. Mi padre no tenía más medio de subsistencia que su profesión de relojero — en que, ciertamente, era muy hábil, — pues le correspondió muy poco ó casi nada de una escasa herencia repartida entre quince hermanos. Mi madre, hija del ministro Bernard, era más rica; además era bella y discreta. No sin prolijo trabajo obtuvo mi padre su mano: comenzaron sus amores casi al comenzar la vida; de ocho á nueve años se paseaban juntos por la Treille, y á los diez ya no podían vivir separados. El sentimiento que había despertado en ellos la costumbre, se afirmó por la simpatía, la uniformidad de sus almas. Nacidos tiernos y sensibles ambos, sólo esperaban la ocasión de hallar

⁴ Rousseau dice en otro lugar que nació el 4 de julio de 1712; pero esto es un error, pues nació en 28 de junio.

igual disposición en otra alma, ó mejor, esta ocasión les esperaba á ellos mismos, que entregaron su corazón al primero que encontraron dispuesto á recibirle.

La suerte, que parecía contrariar su pasión, no hizo sino aumentarla. El joven amante, no pudiendo obtener á su amada, se consumía de dolor; ella le aconsejó que viajase para olvidar, cuyo consejo siguió, aunque en vano, porque volvió aún más amante al lado de aquella que había continuado fiel y llena de ternura. Después de esta prueba, ¿qué más podía resultar que amarse yo toda la vida? Así se lo juraron, y el cielo bendijo su juramento.

Gabriel Bernard, hermano de mi madre, se prendó de una de las hermanas de mi padre, la cual sólo consintió en dar su mano al joven, si su hermana se casaba con mi padre, y he aquí cómo se encargó el mismo amor de componerlo todo, verificándose los dos matrimonios en un mismo día. Así pues, mi tío carnal era el marido de mi tía carnal, y por lo tanto sus hijos fueron doblemente primos míos. Uno de cada matrimonio vino al mundo un año después; luego fué preciso separarse nuevamente.

Mi tío Gabriel Bernard era ingeniero, y su profesión le llevó á servir al imperio en Hungría, á las órdenes del príncipe Eugenio, distinguiéndose en el sitio y en la batalla de Bellegarde. Mi padre partió después del nacimiento de mi único hermano para Constantinopla, adonde fué llamado para ser relojero del Serrallo. Durante su ausencia, la hermosura de mi madre, su talento, su instrucción⁴, le atrajeron admiradores, entre ellos

⁴ Era ésta muy brillante para su estado. El ministro su padre, que la idolatraba, se había esmerado en su educación, de modo que dibujaba, cantaba acompañándose con la tiorba; había leído mucho y componía regulares versos. He aquí los que improvisó un día estando de paseo con su cuñada y sus hijos durante la ausencia de

estaba Mr. de la Closure, ministro residente de Francia, uno de los más asiduos y que debió amarla apasionadamente, pues que hablándome de ella treinta años después, le vi todavía enternecerse. Pero mi madre poseía más que la virtud para su defensa; amaba á su marido. Instóle á que volviese, lo que verificó él dejándolo todo. Yo fui el triste fruto de esta vuelta: nací diez meses más tarde, débil y enfermo, costando la vida á mi madre. Mi nacimiento fué el primero de mis infortunios.

Ignoro cómo pudo mi padre soportar este golpe, pero sí sé que jamás logró consolarse. Creía verla en mí, sin poder olvidar que yo había causado su muerte. Cada vez que me abrazaba me decían sus suspiros, sus apretones convulsivos que en sus caricias iba mezclado un amargo recuerdo que las hacía más cariñosas. Cuando me decía: «Hablemos de tu madre, Juan Jacobo», yo le respondía: «bien, padre mío, vamos, pues, á llorar», y esta sola frase hacía brotar las lágrimas de sus ojos.

Oh, decía gimiendo; devuélvemela, consuélame de su pérdida, llena el vacío que en mi corazón ha dejado. ¿Te amaría yo tanto, si no fueses más que hijo mío?

Murió, cuarenta años después de haberla perdido, en brazos de su segunda mujer, pronunciando, empero, el nombre de la primera, cuya imagen conservaba impresa en el fondo de su corazón.

Tales fueron los autores de mis días. De cuantos dones les

su hermano y de su marido á propósito de unas frases que le dirigieron acerca de los mismos:

*Ces deux messieurs qui sont absents
Nous sont chers de bien de manières:
Ce sont nos amis, nos amants;
Ce sont nos maris et nos frères
Et les pères de ces enfants.*

He aquí la traducción: Estos dos señores ausentes nos son queridos de distintos modos: como amigos, como amantes, como maridos, como hermanos y como padres de estos niños.

había otorgado el cielo, sólo me legaron un corazón sensible, que así como había sido origen de su felicidad, fué para mi la causa de todos mis males.

Nacido casi moribundo, había pocas esperanzas de salvarme. Vine al mundo con el germen de una dolencia⁴ que los años han reforzado, y cuyos intervalos sólo me sirven para dejar espacio á sufrimientos mucho más crueles de otra especie. Salvóme el extremo cuidado de una hermana de mi padre, amable y prudente doncella, que me tomó á su cargo.

En los momentos en que escribo estas líneas vive todavía, cuidando, á la edad de ochenta años, á su marido más joven que ella, pero consumido por el uso de las bebidas. Tía querida⁵, yo os perdono que me hayáis hecho vivir, y siento en el alma no poder devolveros en vuestra vejez los desvelos que os costó mi infancia. Vive también mi amiga Jaquelina, sana y robusta. Las manos que abrieron mis ojos al venir al mundo podrán cerrarlos cuando le abandone.

Antes de pensar sentí: tal es el destino común de la humanidad, que experimenté yo más que otro alguno. Ignoro cuánto hice hasta la edad de cinco ó seis años; no sé cómo aprendí á leer; sólo recuerdo mis primeras lecturas y el efecto que en mí causaban: desde este punto juzgo que empieza sin interrupción, la conciencia de mi mismo. Había dejado mi madre algunas novelas, que leíamos por las noches después de cenar mi padre y yo; al principio lo hacíamos con el único objeto

⁴ Era una retención continua de orina, casi causada por un vicio de conformación de la vejiga.

⁵ Llamábase esta tía la señora Gonceru. En 1767, Rousseau le señaló una pensión de 100 libras, que pagó siempre religiosamente, aun en las épocas en que pasó mayores apuros.

de adiestrarme en la lectura con ejercicios agradables; pronto, empero, creció el interés de tal manera, que nos pasábamos las noches en claro leyendo alternativamente sin descanso, sin que nos fuera dable abandonar el libro hasta su conclusión. Á veces mi padre, al oír el canto matutino de las golondrinas, me decía como avergonzado: «Vamos, vamos á acostarnos, soy más niño yo que tú».

Por medio de este peligroso método adquirí en breve tiempo no sólo una extraordinaria facilidad en leer y en escucharme, sino también un conocimiento, sin par á mi edad, sobre las pasiones. Cuando carecía aún de todo conocimiento de las cosas, estaba ya familiarizado con todos los sentimientos. Cuando aun nada había concebido, ya lo había sentido todo. Estas confusas emociones que experimentaba sucesivamente en nada modificaron seguramente mi razón, puesto que carecía de ella; pero formaron mi inteligencia de tal suerte, que concebí acerca de la vida humana ideas extrañas y románticas, de que á pesar de la reflexión y la experiencia, jamás pude desprenderme por completo.

(1719 á 1723.)

Con el verano de 1719 se concluyeron las novelas. Agotada la biblioteca de mi madre, tuvimos que acudir en el inmediato invierno á la parte que de la de su padre nos había tocado. Por fortuna se hallaban en ella muy buenos libros, como no podía menos de ser procediendo de un ministro verdaderamente tal, sabio además, según la moda de entonces, y hombre de talento y de buen gusto. Fueron trasportados al taller de mi padre la *Historia de la Iglesia y del Imperio* por Le Sueur, el *Discurso de Bossuet sobre la Historia Universal*, los

Varones ilustres de Plutarco, la *Historia de Venecia* por Nani, las *Metamorfosis de Ovidio*, *La Bruyère*, los *Mundos de Fontenelle*, sus *Diálogos de los muertos* y algunos tomos de Molière; y mientras él trabajaba, yo se los leía, tomándoles una afición rara, quizás única á mi edad. Plutarco fué sobre todo mi lectura favorita, curándome un poco de mi afición á las novelas el gusto que encontraba en repetirla. Bien pronto preferí Agesilao, Bruto, Aristides á Orondato, Artamenes y Juba. Estas interesantes lecturas y las conversaciones á que dieron lugar entre mi padre y yo formaron ese espíritu libre y republicano, ese carácter indomable y fiero, enemigo de todo yugo y servidumbre, que siempre me ha torturado en las circunstancias menos oportunas para dejarle libre vuelo. Constantemente ocupado con Roma y Atenas, viviendo, como quien dice, con sus grandes hombres, nacido yo mismo ciudadano de una República é hijo de un padre cuya pasión dominante era el amor patrio, me entusiasmaba á ejemplo suyo, y me creía un griego ó un romano: convertíame en el personaje cuya vida estaba leyendo, y el relato de los rasgos de constancia y de intrepidez que me habían impresionado daban fuerza á mi voz y centelleo á mis miradas. Un día, que durante la comida hice el relato de Scévola, asusté á los circunstantes que me vieron poner la mano sobre un hornillo para representar su acción.

Tenia un hermano que me llevaba siete años, dedicado al oficio de mi padre. El entrañable cariño que á mí me tenían, hacía que le tratasen con algún desvío, — hecho que no apruebo en ningún modo, — y de que se resintió su educación.

Entregóse al libertinaje antes de tener edad para ser un libertino. Pusiéronle de aprendiz en otra casa de donde á menudo se escapaba, como lo había hecho de la casa paterna. Yo apenas le veía, casi puedo decir que no le conocía: pero no por esto dejaba de quererle tiernamente, mientras que él me amaba como puede amar un pilluelo cualquier cosa. Re-

cuerdo que un día en que mi padre, lleno de coraje, le castigaba rudamente, yo me arrojé impetuosamente en medio de ellos y le abracé estrechamente, ocultándole así y recibiendo sobre mi los golpes que le iban dirigidos, y, tal fué mi tenacidad en conservar aquella actitud, que fué preciso que mi padre le dejara, ya fuese aplacado por mis ruegos y mis lágrimas, ya para no maltratarme más que á él. En fin, tanto se fué maleando, que desapareció de repente. Algún tiempo después tuvimos noticia de que estaba en Alemania, aunque no escribió ni una sola vez. Desde entonces nada se ha sabido de él; y he aquí cómo vine á quedar hijo único.

Si aquel pobre muchacho fué educado con descuido, no sucedió lo mismo con su hermano. Ni los hijos de los reyes podrian ser objeto de tanto esmero como lo fui yo durante mis primeros años; y — por caso raro, — idolatrado de cuantos me rodeaban fui siempre tratado como hijo querido, jamás como hijo mimado. Hasta que sali del hogar paterno, nunca me permitieron ir solo por las calles con los otros niños; jamás tuvieron que reprimir en mí ni permitirme ninguno de esos caprichos que se imputan á la naturaleza y que son único efecto de la educación. Tenía, sí, los defectos propios de aquella edad; era hablador, goloso y algunas veces mentiroso. Hubiera robado fruta, dulces, cosas de comer; pero nunca me agradó hacer mal, perjudicar ni acusar á nadie, como tampoco inquietar á los pobres animales. Acuérdomme, sin embargo, de haberme orinado un día en el puchero de una vecina llamada la señora Clot, á tiempo en que estaba ella en el templo, y confieso que todavía me hace reir este recuerdo, porque, aunque buena mujer, era la más gruñona que en mi vida he conocido. He aquí la corta y verídica historia de mis diabluras infantiles.

¿Cómo habria yo podido ser malvado, no teniendo sino ejemplos de dulzura que imitar, y rodeado de las más buenas gen-

tes que darse puedan? Mi padre, mi tia, mi amiga, mis parientes, nuestros amigos y vecinos, cuantas personas trataba, no me obedecian, ciertamente, pero me amaban todas, y yo las queria también. Veíame tan poco excitado, y tan sin contrariedades, que jamás me ocurría tener exigencias, ni mostrarme voluntarioso; puedo jurar que hasta que me vi reducido á servir á un amo, no supe lo que era un capricho.

Salvo los ratos dedicados á la lectura con mi padre y á pasear con mi amiga, me pasaba el tiempo junto á mi tia mirándola bordar y escuchando sus canciones ya de pie, ya sentado cerca de ella, y era dichoso de este modo; su buen humor, su dulzura, su rostro agradable, se hallan tan impresos en mi memoria, que aun me parece que veo su aire, su mirada y su ademán; recuerdo sus cariñosas advertencias; pudiera describir su traje y tocado, sin olvidar los dos rizos de su negro cabello que adornaban sus sienes según la moda de aquel tiempo.

Seguro estoy de que á ella debo el gusto, ó mejor, la pasión por la música, que no se desarrolló en mí hasta mucho tiempo después. Poseía un prodigioso caudal de canciones que cantaba con una voz dulcísima. La serenidad de alma de esta excelente mujer disipaba toda tristeza alrededor suyo. Tanto me cautivaban sus canciones, que no sólo he conservado en la memoria muchas de ellas, sino que aún hoy día, que casi la he perdido, algunas que tenía completamente olvidadas desde la infancia, reaparecen á medida que voy siendo viejo, con un encanto que trataría en vano de explicar. ¿Quién diría que yo, viejo caduco, roído por los cuidados y sufrimientos, me he sorprendido algunas veces llorando como un chiquillo, al murmurar aquellos cantos con voz ya trémula y cascada? Uno de ellos, sobre todo, se ha reproducido en mi memoria enteramente en cuanto á la música, habiendo sido vanos todos mis esfuerzos para recordar la mitad de la letra, aunque hallo con-

fusamente los consonantes. He aquí cómo empieza y todo lo que de ella recuerdo :

*Tircis, je n'ose
Écouter ton chalumeau
Sous l'ormeau,
Car on en cause
Dèjà dans notre hameau.*

.....
..... un berger
..... s'engager
..... sans danger,
Et toujours l'épine est sous la rose¹.

No puedo explicarme en qué consiste el conmovedor encanto que hallo en este cantar; pero me es de todo punto imposible llegar al último verso sin que me interrumpa el llanto. Mil veces me ha tentado el deseo de escribir á Paris para hacer buscar el resto de las palabras que no puedo recordar, si es que hay aún quien las sepa.

Pero estoy casi seguro de que gran parte del placer que me causa el recuerdo de esta canción se desvanecería, si adquiriese la certeza de que la habían cantado otras voces que la de mi tia Susana.

¹ He aquí la canción :

*Tircis, je n'ose
Écouter ton chaloumeau
Sous l'ormeau;
Car on en cause
Dèjà dans notre hameau.
Un cœur s'expose
A trop s'engager
Avec un berger,
Et toujours l'épine est sous la rose.*

(Tircis, no me atrevo á escuchar tu caramillo, bajo la copa del olmo, porque andamos ya en lenguas en la aldea. ¡Ah! un corazón se expone á prendarse demasiado de un pastorcillo, y siempre bajo la rosa está oculta la espina.)

Tales fueron las primeras emociones de mi vida : así empezó á formarse ó darse á conocer mi corazón tan tierno á la vez y tan altivo, mi carácter afeminado y sin embargo indomable, que, fluctuando siempre entre el valor y la flaqueza, entre la molicie y la virtud, me ha puesto siempre en oposición conmigo mismo : y ésta es la causa por que ni he tenido abstinencia, ni la sensualidad me ha vencido, ni he sido prudente ni disipado.

Esta forma de educación fué interrumpida por un accidente cuyas consecuencias han influido en todo el resto de mi vida. Tuvo mi padre una riña con un capitán francés, llamado Gautier, que contaba con parientes en el Consejo. Este hombre, insolente y cobarde, echó sangre por la nariz, y para vengarse acusó á mi padre de haber usado de la espada en la ciudad, obteniendo un auto de prisión contra el acusado. Mi padre se obstinaba en que se prendiese también al acusador con arreglo á la ley; mas, no pudiendo lograrlo, prefirió expatriarse para toda la vida, saliendo de Ginebra, á ceder en esta cuestión en que juzgó comprometidos la libertad y el honor.

Quedé bajo la tutela de mi tío Bernard, á la sazón empleado en las fortificaciones de Ginebra. Había muerto su hija mayor, quedándole un hijo de la misma edad que la mía, y ambos fuimos enviados á Bossey, donde nos pusieron de pensionistas en casa del señor Lambercier, para que aprendiésemos, juntamente con el latin, toda la hojarasca de que rodean su enseñanza y á que dan el nombre de educación.

Los dos años que permaneci en la aldea dulcificaron un tanto mi romana aspereza, restituyéndome á la infancia.

Mientras había estado en Ginebra, donde á nada se me forzaba, hallé la aplicación grata, me gustaba la lectura; y casi no tenia otra diversión; mas en Bossey el trabajo me hizo aficionarme á los juegos que nos servían de descanso.

Tan nuevo era el campo para mí que no podía cansarme de

él, y le tomé tal afición, que nunca más se ha extinguido. Con el recuerdo de los días felices que entonces transcurrieron, he echado de menos en todas las edades la vida del campo, y sus placeres hasta que se me ha cumplido este deseo.

Era el señor Lamercier un hombre muy juicioso, que sin descuidar nuestra instrucción, jamás cargó la mano al imponernos temas y trabajos. En prueba de ello diré, que á pesar de mi repugnancia á toda sujeción, nunca me ha disgustado la memoria de aquellas horas de estudio; y aunque no fué gran cosa lo que me enseñó aquel hombre, esto poco lo aprendí bien y sin dificultad, y nunca se me ha olvidado.

Es inapreciable el bien que debí á la sencillez de la vida campestre, abriendo mi corazón á la amistad. Yo no había conocido hasta entonces más que sentimientos elevados, pero imaginarios; la costumbre de vivir juntos en apacible vida me unió á mi primo Bernardo tan estrechamente, que en poco tiempo sentí por él un afecto mucho más intenso del que me inspiraba mi hermano, afecto que nunca se ha amortiguado. Era un muchacho alto y flaco, muy delicado, tan dulce de corazón, como débil de cuerpo, que abusó bien poco de la predilección que por él tenían por ser hijo de mi tutor.

Eran idénticos nuestros gustos, nuestros pasatiempos, nuestras ocupaciones; estábamos solos, teníamos la misma edad y cada cual necesitaba un compañero. Separarnos era en cierto modo anadarnos. Aunque tuviésemos pocas ocasiones de acrisolar nuestra amistad, era nuestro afecto extremo, de suerte que no sólo no podíamos vivir un momento separados, sino que tampoco ni concebíamos que pudiésemos estarlo nunca. Sensibles ambos al menor halago, serviciales cuando no se trataba de obligarnos, siempre estábamos de acuerdo. En presencia de nuestros preceptores, él era superior á mí por el favoritismo que gozaba, pero en cambio cuando quedábamos solos, tenía yo un ascendiente sobre él, que restablecía el equilibrio.

En el estudio le apuntaba la lección cuando él balbuceaba, concluido mi tema le ayudaba á concluir el suyo, y en nuestros juegos siempre se dejaba llevar de mi gusto, más decidido que el suyo. Tal era en fin la armonía de nuestros caracteres, que en los cinco años que estuvimos juntos, así en Bossey como en Ginebra, jamás fué necesario que mediara nadie en las varias veces que nos pegamos, debo confesarlo; pero jamás nuestras contiendas duraron más de un cuarto de hora, ni nos delatamos nunca uno á otro. Quizás todos estos detalles sean pueriles; pero resulta de ellos un hecho que tal vez no se haya repetido desde que hay niños en el mundo.

Tanto me agradaba el género de vida que hacíamos en Bossey, que hubiera bastado prolongar mi permanencia allí para que del todo se fijara mi carácter. Formaban su base los sentimientos tiernos, afectuosos y tranquilos. No creo que haya habido otro individuo de nuestra especie con menos vanidad natural que yo. El entusiasmo me llevaba á veces á raptos de sublimidad, de que pronto descendía cayendo en mi habitual languidez. El más ardiente de mis deseos consistió en ser querido de cuantos me rodeaban. Mi primo, nuestros preceptores y yo éramos todos apacibles; durante dos años enteros no fui víctima ni testigo de violencia alguna; todo contribuía á fomentar las inclinaciones que mi corazón debía á la naturaleza; nada me parecía tan hermoso como tener contentas á cuantas personas trataban conmigo y verlas satisfechas. Siempre me acordaré de que al decir, en el templo, mi lección de catecismo, lo que más me conturbaba, en los momentos de vacilación, era la inquietud y pena que se dibujaban en el rostro de la señorita Lamercier. Más me dolía aún que la vergüenza, de quedar mal publicamente, y esto, sin embargo, me daba una desazón extraordinaria; pues, aunque nunca la alabanza me ha movido, siempre me ha impresionado vivamente la vergüenza, pudiendo asegurar que el temor de una reprensión de la

señorita Lambercier no me sobresaltaba tanto como la idea de haberla disgustado.

No dejaba, con todo, de mostrarse severa, cuando era necesario, lo mismo que su hermano; mas, como nunca se conducían violentamente, su severidad, casi siempre justa, me affigia en extremo, sin que me irritase jamás. Más sentía desagradar que ser castigado, y era para mí más cruel una señal de descontento que cualquier pena aflictiva.

Preciso es que explique esto mejor, aunque me sea con extremo embarazoso. Si se viera bien cuán lejos se está de obtener el resultado apetecido, seguramente se abandonaría el método que en la educación de la juventud se emplea, sin distinción siempre, y tan indiscretamente á menudo. El hecho que voy á relatar, tan común como funesto, ofrece una gran lección, y esto me decide á publicarlo.

El cariño propio de una madre que la señorita Lambercier nos profesaba, la revestía de la autoridad de tal, y usaba algunas veces de ella imponiéndonos castigos merecidos. Concretóse durante largo tiempo á la amenaza, pareciéndome espantosa la prometida pena, nueva enteramente para mí; mas desde el momento en que la hube sufrido, parecióme mucho menos terrible de lo que había imaginado: y lo más particular es, que aquel castigo aun me aficionó más á la que me lo había impuesto, de modo que fué necesaria mi natural dulzura y toda la verdad del afecto que le profesaba para que no tratara de merecer la repetición del mismo, porque hallé una mezcla de sensualismo en el dolor y en la misma vergüenza del castigo, que me hacía desear recibirlo otra vez de la misma mano; es verdad que había en ello cierta instintiva precocidad de sexo, y por lo tanto el mismo tratamiento practicado por su hermano no me habría parecido tan gustoso. Pero atendido su carácter, no había que temer semejante sustitución: y si me abstenia de merecer el correctivo, no era sino por temor de

disgustar á la señorita Lambercier; pues tal es el imperio que sobre mí ejerce la benevolencia, aun á quella que debe su origen á mis sentidos, que siempre se sujetaron éstos á su ley en mi corazón.

Mas aunque yo procuraba evitarlo, sin temerlo, llegó un día la repetición del castigo, sin culpa mía, á la verdad, ó á lo menos sin que me la hubiese yo procurado deliberadamente, y debo en conciencia confesar que aproveché la ocasión. Pero fué por segunda y última vez, porque habiendo ella observado, sin duda por alguna señal, que no lograba el fin que se proponía, declaró que renunciaba al procedimiento, añadiendo que se fatigaba demasiado. Hasta entonces habíamos dormido en su cuarto y á veces en su misma cama en las noches de mucho frío: dos días después se nos trasladó á otro cuarto y de allí en adelante tuve el honor, que ninguna falta me hacía, de ser tratado por ella como adolescente.

¿Quién creería que este castigo de chiquillo recibido á la edad de ocho años por mano de una mujer de treinta fué lo que decidió de mis inclinaciones, gustos y pasiones, de mí, en fin, por todos los días de mi vida, y precisamente en sentido contrario del que podría naturalmente imaginarse? Mientras por una parte se despertaron mis sentidos, tomaron tal giro mis deseos que se limitaron á lo que había experimentado: de modo que, dotado de una sensualidad ardiente desde la más tierna infancia, conservéme libre de toda impureza hasta la edad en que se desarrollan los temperamentos más lánguidos y tardíos. Hostigado largo tiempo sin saber por qué, contemplaba con ardientes ojos las mujeres bellas que se representaban á mi fantasía con insistencia, sin otro objeto que gozar á mi singular manera, convirtiéndolas en otras tantas señoritas Lambercier.

Pero este gusto extraño, siempre vivo, llevado al extremo, hasta la locura, aun después de la pubertad, fué causa de que

conservara las costumbres honestas que parece debía haberme arrebatado. Dificilmente se hallaría otra persona cuya educación haya sido más modesta, más casta que la mía. Mis tres tías no solamente poseían una prudencia ejemplar, sino también una reserva que las mujeres no conocen hace mucho tiempo. Mi padre, hombre jovial, pero galante á la moda antigua; aun con las mujeres que más amó en su vida, nunca soltó una frase que pudiese ruborizar á la más casta virgen, y es imposible mayor esmero en el respeto que se debe á los niños del que se observaba entre mi familia y en presencia mía. Había en este punto el mismo miramiento en casa del señor Lambercier, de suerte que una muy buena sirvienta fué despedida sólo por una expresión algo libre que soltó en nuestra presencia.

No solamente no tuve una idea clara de la unión de sexos hasta la adolescencia, sino que esta idea confusa siempre se me representaba bajo una imagen odiosa y repugnante. Sentía por las mujeres públicas un horror que siempre se ha conservado vivo; no podía ver un libertino sin menosprecio, hasta me inspiraban terror. Mi aversión por el libertinaje era tan grande desde que, yendo un día á Petit Saconex por un camino hondo, vi á ambos lados unas cavidades que me dijeron ser los lugares donde se entregaban á la licencia aquellas gentes. Además, siempre que pensaba en eso, recordaba lo que había visto de los perros, y este solo recuerdo me producía el mayor asco.

Estas preocupaciones, hijas de la educación, bastantes por sí solas á retardar los primeros desbordamientos de un temperamento ardiente, fueron auxiliadas por la desviación que me produjo, como dejo dicho, el primer aguijón de la sensualidad. No imaginando sino lo que había sentido, á pesar de molestísimas efervescencias de la sangre, mis deseos se concretaban á la especie de sensualidad que me era conocida, sin que llegaran nunca á la que me habían hecho aborrecible, y que tan

cerca estaba de la otra, sin que yo lo sospechase. En mis necios antojos, en mis críticos furoros, en las acciones estravagantes á que á veces me conducían, valiame imaginariamente del sexo bello, sin pensar que pudiese ofrecer otro concurso del que yo ardientemente deseaba.

Así fué como, dotado de un temperamento ardiente, lascivo, precocísimo, no solamente pasé la pubertad sin anhelar y sin conocer más placeres de los sentidos que aquel cuya idea me había inocentemente sugerido la señorita Lambercier, sino que cuando ya fui hombre, esto mismo que hubiera debido precipitarme, fué la causa de conservarme sin mancha. En vez de desvanecerse con el tiempo mi antigua afición de niño, de tal suerte se asoció á la que me enseñaron los sentidos despertados, que jamás pude separarlas. Esta locura, unida á mi natural timidez, me ha quitado toda osadía con las mujeres, privado de poder decirlo todo ó de satisfacer mi pasión; no pudiendo la especie de goce, que para mí era un preliminar indispensable, ser adivinado por la persona que podía dispensármelo, ni ser usurpada por el mismo que experimenta tan extraño deseo. Así he pasado mi vida anhelante y callado junto á las personas que más he amado. No atreviéndome á declarar mi afición, la entretenía por medio de conexiones que despertaban su recuerdo en mi alma. Estar á los pies de una mujer imperiosa, obedecer sus mandatos y tener que pedirle mil perdones eran para mí placeres inefables; y cuanto mayor impulso comunicaba mi viva imaginación á mi sangre, tanto más parecía un amante tímido. Cualquiera concibe que semejante modo de enamorar debe producir exiguos resultados, y es muy poco peligroso para la virtud del objeto amado. Por lo tanto he alcanzado poca cosa, aunque no he dejado de gozar mucho á mi manera, esto es, imaginariamente.

He ahí cómo mi carácter tímido, mis sentidos y mi romanticismo se aunaron para conservarme la honestidad y puros

sentimientos, por efecto precisamente de una pasión que tal vez me habría sumido en un abismo de torpes deleites á haber sido menos vergonzoso.

He dado ya el paso primero y más difícil en el oscuro y cenagoso laberinto de mis confesiones. Ciertamente no cuesta tanto confesar lo criminal como lo vergonzoso y ridiculo. Ahora no puedo temer que me falte resolución para decirlo todo. Calcúlese cuán penosas deben haberme sido esas revelaciones cuando nunca pude atreverme á declarar mi locura á las mujeres que más he amado, ni aun en los momentos en que, arrebatado por la pasión, estaba sin sentido, poseído de un convulsivo temblor, y privado de dominio sobre mí mismo; ni menos implorar el único favor que me faltaba obtener, en las ocasiones de más íntima familiaridad. Una sola vez lo he obtenido, en la infancia todavía, con una niña de mi edad y aun no tomé yo la iniciativa.

Así, remontrándome á las primeras manifestaciones de mi personalidad sensible, hallo elementos que pareciendo á veces incompatibles, no obstante han contribuido enérgicamente á la formación de un todo simple y uniforme, y hallo también otros que podrían creerse idénticos y que por efecto de las circunstancias han formado combinaciones tan diversas que nunca se hubiera sospechado que entre ellos existiese relación ninguna. Por ejemplo: ¿quién creería que uno de los más varoniles móviles de mi alma estuviese templado en la misma corriente que introdujo en mi sangre la molición y la lujuria? Sin que me aparte del asunto de que acabo de hablar, váse á ver surgir de él una impresión enteramente distinta.

Estábame un día estudiando la lección, solo, en el cuarto contiguo á la cocina. La criada había puesto á secar sobre la chimenea los peines de la señorita Lambercier, y cuando fué á recogerlos se halló con uno que tenía rotos todos los dientes

de un costado. ¿Quién podía haberlo hecho? Nadie más que yo había entrado en el cuarto. Me interrogan, niego haber tocado el peine; júntanse mi preceptor y su hermana, me exhortan á que me confiese culpable, me excitan y amenazan, y me mantengo yo en mis trece; mas era su convicción harto profunda y fueron inútiles todas mis protestas, aunque por vez primera hallaran en mí tanta osadía en la mentira. Como el caso requería, fué tomado seriamente, porque merecían á la par castigo la maldad, la mentira y la obstinación; mas esta vez no fué la señorita Lambercier quien se encargó de castigarme. Escribieron á mi tío, el cual vino á Bossey. Mi pobre primo estaba acusado de una falta no menos grave que la mía, y ambos recibimos el mismo tratamiento, que fué atroz. Si hubiesen querido ahogar para siempre mis instintos depravados buscando en el mal mismo su remedio, no habrían podido hacerlo mejor. Dejéronme luego tranquilo mucho tiempo.

De ningún modo lograron arrancarme la confesión que apetecían. Estrechado varias veces, se cansaron en torturarme horriblemente: fui siempre indomable. Hasta la fuerza misma tuvo que ceder á la diabólica terquedad de un niño. En fin, salí destrozado de esta prueba cruel, pero triunfante.

Esta aventura tuvo lugar ha cerca de cincuenta años y no he de temer castigo alguno por aquella culpa. Pues bien, declaro á la faz del mundo que me hallaba inocente, que ni había roto ni tocado el peine, que ni me había acercado adonde estaba, ni había pensado en ello tan siquiera. No se me pregunte cómo pudo haberse roto, porque todavía lo ignoro y no lo entiendo; lo que me consta es mi inocencia.

Imagínese ahora un carácter tímido y dócil en la vida ordinaria, pero vehemente, altivo é indomable en sus pasiones; un niño dirigido siempre con la voz de la razón, tratado siempre con dulzura, con equidad, con benevolencia, extraño todavía á la idea de injusticia, víctima de ella por vez primera tan cruel-